



Zodiac Sam Wilson

DESTINO

Zodiac

Sam Wilson

Traducción
de Santiago del Rey

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1386

Título original: *Zodiac*

© Sam Wilson, 2016

© por la traducción, Santiago del Rey, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-233-5175-6

Depósito legal: B. 132-2017

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Rachel iba a llegar tarde a su primer día de trabajo, aunque la culpa no era suya. La lavandería de la calle Gull no abría hasta las ocho de la mañana, pero el mánager de Jiffyclean Servicio de Asistentas siempre les repetía que debían llevar el uniforme impecable, a pesar de que cada chica sólo tenía uno. La noche anterior, Rachel había trabajado hasta muy tarde en la fiesta de cumpleaños que celebraba un Sagitario en su casa de West Skye, y un borracho le había manchado de guacamole la pechera del delantal blanco mientras intentaba ligar con ella sin mucha convicción.

«Suerte que lleva ese delantal», le había dicho el tipo para disimular su vergüenza. Él no sabía que Rachel no podía presentarse al día siguiente en casa de un nuevo cliente con el uniforme manchado. Así pues, tras cuatro horas de sueño inquieto, se había levantado justo antes de que abrieran la lavandería y había corrido a lavar el uniforme. Ahora, sentada frente a la lavadora, observaba cómo chapoteaban y giraban las prendas en el tambor mientras se iban acercando las nueve, la hora a la que se suponía que debía estar en casa de su nuevo cliente.

Esperó todo lo que pudo y, al final, canceló el ciclo de secado antes de hora y se metió en el baño de la lavandería para ponerse el uniforme. No se dio cuenta de lo húmedas que estaban las prendas hasta que se disipó el calor. Entonces notó que el vestido azul de cuadros, frío y

pegajoso, se le adhería a las piernas. Guardó su ropa doblada en una bolsa de plástico y subió a un autobús que iba a Conway Heights. Fue mirando el reloj cada pocos minutos durante todo el trayecto. Al ver que daban las nueve y que aún no había llegado, se le cayó el alma a los pies. No le gustaba fallarle a la gente. Ella era Libra.

Conway Heights era un barrio de moda en la zona residencial del sur de San Celeste. Rachel miró por la ventanilla las pistas de tenis, los árboles podados y las villas toscanas de imitación. Todo era caro y reluciente. Se sentía como una intrusa.

El autobús paró en la esquina de Morin Road. La abultada bolsa de plástico donde llevaba la ropa iba rebotándole en la pierna mientras subía corriendo tres manzanas hasta Eden Drive. Todas las viviendas tenían patios con palmeras y primorosos parterres de flores.

La casa de su cliente era un amplio edificio de una sola planta, con las paredes de color beige y un tejado algo inclinado. Preparó mentalmente una disculpa mientras recorría el sendero de ladrillo hacia el zaguán de la puerta principal. Ya tenía el dedo en el botón del interfono cuando vio que la puerta estaba ligeramente entornada.

Llamó con los nudillos y la abrió un poco más.

—¿Hola? —dijo—. ¡Jiffyclean Servicio de Asistentas!
No hubo respuesta.

Se fijó en una astilla de madera que sobresalía del marco de la puerta a media altura. La tocó con cautela. Tenía la longitud aproximada de su dedo y quedaba justo frente a la cerradura. Habían reventado la puerta.

—¿Hola? —volvió a llamar, pulsando el botón del interfono.

El timbre zumbó en las profundidades de la casa, pero tampoco hubo respuesta.

Todavía con el uniforme húmedo, Rachel se estremeció de pies a cabeza. Retrocedió, hasta situarse bajo el sol, y miró a ambos lados de la calle. No había señales de

vida ni se oía nada, salvó el rumor lejano del tráfico y el ladrido de unos perros.

Apretó los dientes y sacó de la bolsa de plástico su móvil rosa y morado.

La llamada entró tras dos timbrazos.

—Nueve once. ¿De qué tipo de emergencia se trata?

—¿Hola? —dijo Rachel vacilante—. Estoy frente a... el número 36 de Eden Drive, en Conway Heights. Acabo de llegar, he visto que han reventado la puerta y nadie ha respondido cuando he llamado al timbre.

Le llegó el rumor amortiguado de unos dedos que tecleaban. La operadora volvió a hablar con voz cálida y serena. Tenía un tono cantarín estilo Libra, cosa que resultaba tranquilizadora.

—De acuerdo. Le envío un coche patrulla. ¿Puede decirme su nombre, por favor?

—Rachel Wells.

—¿Se trata de su casa?

—No —respondió ella—. Trabajo para Jiffyclean. Soy asistenta.

—Bien, Rachel. Los agentes tardarán unos ocho minutos en llegar. Debo hacerle algunas preguntas, ¿de acuerdo, cariño?

«¿Cariño?» No cabía duda: era Libra.

—Sí, claro —contestó Rachel.

—Bien. ¿Puede describirme su aspecto para que los agentes la reconozcan cuando lleguen?

—Por supuesto. Mido uno setenta y cinco, tengo el pelo rubio y llevo un vestido azul de cuadros y un delantal blanco. ¿Basta con eso?

Aguardó, pero no recibió respuesta.

—¿Hola? —dijo.

Por un momento creyó que le habían colgado, y sin embargo se oía una voz lejana. Se apartó el móvil del oído, pero seguía oyéndola. Era una voz de hombre.

A la izquierda de la casa vio una tapia de jardín cubierta de flores trepadoras y una ornamentada verja de

hierro con la pintura blanca descascarillada. Oyó de nuevo la voz del hombre y comprobó con una oleada de alivio que provenía de atrás. Claro. El cliente estaba en el patio trasero. Por eso no había respondido cuando había llamado. Todo estaba en orden. Giró el pestillo de la verja y entró en el jardín, pasándose la mano por el pelo para comprobar que no se le había aflojado la cola.

—¿Hola? —volvió a llamar—. ¿Señor Williams?

Siguió un sendero que rodeaba el costado de la casa y cruzó un arco de mimbre cubierto de vides secas. La casa estaba construida en la ladera de una colina y el césped descendía en una suave pendiente, ofreciendo una panorámica de la ciudad que llegaba hasta la Torre WSCR.

Detrás, había una piscina vacía. Y justo al lado se veía una zanja excavada en la tierra; las losas del pavimento las habían levantado y amontonado contra la pared trasera.

—¿Hola? ¿Rachel? —dijo la operadora al teléfono. Ella se lo acercó de nuevo al oído.

—Ay, perdón. Creía que había oído algo.

—¿En la casa?

—No, en el jardín de atrás. Pero aquí no hay nadie.

—Rachel, escuche —dijo la operadora—. Quiero que vaya a la parte de delante para que los agentes tengan la seguridad de que no se han equivocado de sitio. —Hablaba con firmeza, pero Rachel tenía la suficiente perspicacia para detectar otra cosa en la voz de la operadora. Era miedo.

Cuando ya se volvía hacia la verja, oyó otro ruido. Era tenso y ahogado, casi imperceptible. Se detuvo y aguzó el oído. Al cabo de unos segundos, lo oyó otra vez. Provenía de la zanja, junto a la piscina.

—Hay alguien ahí —dijo.

—Rachel, regrese a la calle, por favor —pidió la operadora con severidad.

Pero ella ya corría hacia el borde de la zanja.

—Oh, Dios —exclamó—. Dios mío, Dios mío...

—¿Rachel? —dijo la operadora.

El hombre que había al fondo de la zanja rondaba los cincuenta. Tenía el pelo corto y blanco, llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca de manga larga manchada de barro por detrás y de sangre por delante. Sus ojos la enfocaron durante apenas un segundo; luego se quedaron en blanco. Estaba amordazado con cinta adhesiva y le sangraba un orificio nasal. Rachel soltó la bolsa, se agachó junto a la zanja y miró a su alrededor, buscando algún modo de ayudar.

—¡Una ambulancia! —gritó al teléfono—. Dios mío, ¡una ambulancia!

La voz de la operadora se mantuvo serena.

—¿Quién está herido, Rachel?

—Es un hombre mayor. Le han rajado el vientre. Tiene los intestinos... Dios mío, le estoy viendo los intestinos. Pensaba que eran una manguera, o algo así. Están en medio del barro...

Entonces Rachel percibió el olor y le sobrevino una arcada. Los intestinos estaban perforados. Se apartó un poco de la zanja y respiró hondo. Siempre había creído que sería capaz de dominarse en una emergencia. Tenía claras cuáles eran las prioridades. Las personas, primero. Inspiró aire fresco y volvió a acercarse. El hombre se retorció y respiraba de forma rápida y superficial. Tenía las muñecas y los tobillos atados con cinta de embalar.

—¡Cariño! Siga hablando conmigo, ¿de acuerdo? —indicó la operadora.

—Sí, de acuerdo, estoy aquí. Lo han atado y amordazado. Hay un montón de sangre.

—Bien. Usted siga hablando conmigo. Yo la voy a ir guiando. Ahora quiero que detenga la hemorragia mientras llega la ambulancia.

—Tengo aquí una bolsa de ropa.

—¿Está limpia?

—No. Pero el delantal acabo de lavarlo. Lo llevo puesto...

—Perfecto. Quíteselo y dóblelo para formar una tira larga. Yo le diré dónde tiene que aplicarla. La ambulancia no tardará, pero usted tiene que parar toda esa sangre.

Rachel se desató el delantal por detrás y se pasó el tirante por encima de la cabeza. Mientras empezaba a doblarlo, captó de reojo un movimiento. El interior de la casa estaba oscuro, pero parecía como si detrás de las cortinas de color crema de las puertas correderas hubiera alguien. Se quedó paralizada.

—Dios mío...

—¿Qué pasa, Rachel?

—Creo que hay alguien en la casa.

La operadora enmudeció. Lo único que se oía era un crepitar de interferencias en la línea.

—¿Hola? —dijo Rachel.

Sonó un clic, como si la operadora volviera a pinchar la llamada después de hablar con alguien.

—Rachel, quiero que regrese a la calle.

—Pero el hombre...

—¡Ahora mismo, Rachel!

Se oyó un traqueteo procedente de la casa. Un hombre con una chaqueta de color canela estaba abriendo las puertas de cristal. Llevaba una gorra de béisbol y un pañuelo negro que le tapaba la mitad inferior de la cara. Rachel soltó el delantal y echó a correr.

—¡Se acerca! —gritó al teléfono—. ¡Oh, Dios!...

La verja se había cerrado mientras ella estaba en el jardín. Llegó disparada y tiró para abrirla, pero no se movió. El hombre estaba tan sólo a unos pasos. Rachel dejó caer el teléfono, volvió a tirar con ambas manos y finalmente el pestillo se abrió con un chasquido. Cruzó el umbral y cerró de un portazo justo cuando el hombre iba a alcanzarla. Por un instante, lo vio cara a cara. Tenía unos intensos ojos azules. Rachel dio media vuelta y salió corriendo. Casi de inmediato, volvió a sonar el chasquido del pestillo y la verja se abrió de nuevo.

Un coche negro se acercaba por la calle. Rachel bajó de la acera y se le puso delante con los brazos levantados. El vehículo frenó en el acto y se detuvo ante ella. El conductor, un hombre de mediana edad con una chaqueta elegante, la miró con sorpresa. Ella corrió hacia la ventanilla.

—¡Ayúdame! —gritó—. ¡Déjame subir! ¡Por favor!

Oyó cómo se aproximaban los pasos del hombre que la perseguía. El conductor lo vio llegar y tomó una decisión. Pulsó un botón junto a la puerta.

Rachel oyó el clic del cierre centralizado al desbloquearse, abrió la puerta trasera y se lanzó sobre el asiento. Cuando estaba a punto de cerrar, su perseguidor agarró la puerta y la sujetó con fuerza.

Tumbada sobre el asiento trasero, Rachel empezó a darle patadas en la mano.

—¡Arranca! —chilló—. ¡Arranca!

—Chiss —dijo el conductor.

Ella alzó la vista y vio el cañón plateado de su pistola.

—No te muevas, por favor —le indicó.

Rachel se quedó paralizada. El hombre del pañuelo negro le apartó las piernas del asiento, se sentó bruscamente a su lado y cerró la puerta del coche.

—¿Llevas ahí la cinta? —preguntó el conductor sin dejar de apuntar a Rachel. Tenía el pelo salpicado de canas. A ella le pareció como un director de banco o como un actor de televisión que interpretara a un alto ejecutivo.

—Sí —dijo el otro.

—Átale las muñecas.

A lo lejos sonó un aullido de sirenas. Se acercaban muy deprisa. Rachel sintió una pizca de esperanza.

—Mierda —murmuró el conductor—. Coge esto.

Le tendió la pistola al hombre del pañuelo. Mientras se la pasaba, Rachel soltó otra patada para tratar de quitársela de las manos, pero el del pañuelo fue más rápido y, con un ágil movimiento, sujetó bien el arma.

—Ah, ah... —dijo.

El coche arrancó mientras el tipo seguía apuntándola. Con la otra mano, sacó poco a poco del bolsillo de su chaqueta un rollo de cinta metálica de embalar. Se subió el pañuelo por encima de la boca y desgarró con los dientes un trozo de medio metro.

—Las muñecas —indicó.

Rachel no se movió. El hombre dejó la cinta. Se inclinó y, a una velocidad increíble, le dio un golpe en un lado de la mandíbula. A ella se le humedecieron los ojos, estaba en *shock*.

«Tengo que salir de ésta.»

Extendió los brazos hacia delante con las muñecas juntas. El hombre las sujetó firmemente con una mano, dejó la pistola sobre su regazo y le ató las manos con la cinta.

Fuera, el sonido de la sirena aumentó y, enseguida, al pasar la ambulancia, empezó a alejarse. Rachel la siguió con la mirada, pero no parecía que fuese a reducir la marcha. No: no la habían visto. La operadora del 911 aún debía de estar al otro lado de la línea, en su móvil caído. Nadie iba a acudir en su ayuda.

Estaba sola.